



LA CONSPIRACION DEL SILENCIO

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

El fenómeno religioso más llamativo de este siglo ha sido el advenimiento de Juan XXIII. Un Papa que todos creyeron de transición, y que fue quien más marcó a la Iglesia, con su deseo de «puesta al día».

El Concilio ha sido su principal obra en este sentido. El Papa vio que el mundo se iba haciendo cada vez menos cristiano; que el 19 por ciento de la población católica mundial se iba a reducir sólo a un 9 por ciento en el año 2000, si todo seguía como hasta ahora; y pensó que había que renovar los cuadros de la Iglesia, adaptar a las necesidades de los hombres de hoy la exposición de la religión y estudiar un enfoque de los problemas del mundo para nuestro tiempo. La pompa vaticana y el ceremonial litúrgico requerían recortes y variación; la enseñanza religiosa debía buscar nuevos cauces al Mensaje de Jesús; y no podían ser tratados empíricamente, como en los manuales de moral, sino científicamente y en forma realista, los graves problemas de nuestro tiempo: la violencia, la guerra, la procreación, la educación, el gobierno de los pueblos, la libertad religiosa y la injusticia económica.

Juan XXIII pensó, además, que para todo esto los católicos tenían que cooperar con los no católicos; y creó por eso el Secretariado para la Unión de los Cristianos —pieza clave del Concilio—; e invitó a todos los hombres de buena voluntad a una reflexión y a una acción común con los católicos, en su encíclica «Pacem in terris», para intentar rehacer seriamente desde su raíz, con más justicia y sentido humano, el mundo de la política, de la técnica, de la ciencia y del arte.

Su figura bondadosa, llamativamente evangélica, en medio de su sencillez; optimista, sin perder un sano realismo campesino, consiguió captarse a todos los hombres: primero a los no católicos, después al pueblo en general, y más tarde a los católicos cultos.

Pero no hizo más que morir, y a los pocos meses ya nadie quería acordarse de él. Es más, resulta llamativo y chocante que en el aniversario de su muerte sean bien escasas las voces que se han levantado para recordarnos su memoria y todo el bien que hizo, tan importante para el futuro de la Iglesia. En torno a él parece haberse montado una conspiración del silencio.

En Roma, en los últimos tiempos, la prensa ha aireado la idea de que Pablo VI había cerrado cara al mundo la ventana de la Iglesia que abrió Juan XXIII. Y es verdad que muchos lo han intentado. El primero fue monseñor Tondini con aquel «escandaloso» discurso a los cardenales, al abrirse el Concilio, que resultó una solapada crítica al pontificado del Papa recién fallecido.

Después fueron los intentos con el actual Pontífice, para señalarle peligros, allí donde Juan XXIII vio sobre todo aspectos muy dignos de tener en cuenta: la promoción del apostolado de los seglares, las reformas de la Curia Romana y del Código de Derecho Canónico, la unión con otros cristianos, la renovación litúrgica y la libertad de discusión en el Concilio.

Todos estos ataques contra lo que hizo Juan XXIII han fracasado; pero la última frase de esta táctica conspiración no ha terminado. Empezó el día que algunos comenzaron a afirmar que la «Mater et Magistra», la gran encíclica social, era confusa y resultaba preferible acudir a la clara doctrina del Papa Pío XI; o cuando después dijeron que la «Pacem in terris» era un documento que no podía modificar nada de lo que enseñó León XIII sobre la libertad, o sobre los Estados cristianos. En una palabra: no se dice, pero se deja entrever, que las ideas de Juan XXIII fueron confusas y que era alguien que se dejaba llevar excesivamente de su buen corazón y muy poco de la reflexión. Este es el gran «escándalo» que dan algunos con su actitud reticente hacia lo que hizo Juan XXIII.

Vayamos a un punto concreto: un excelente teólogo y además obispo, como don Fidel García, ha reconocido que, guiado

por el Magisterio Pontificio de Juan XXIII, ha rectificado noblemente sus afirmaciones anteriores sobre la libertad religiosa en España; y, sin embargo, hay quienes —dentro y fuera de nuestro país— intentan empujar la enseñanza de este gran Papa sobre este punto, con una interpretación que el público, esos «hombres de buena voluntad», a quien dirigió el Papa su mensaje, no puede entender.

Se nos quiere hacer ver que, cuando el Papa habla de libertad plena, se refiere sólo a los católicos: pero eso, ¿sería libertad o privilegio? Y, además, ¿por qué habló de la libertad de los hombres en general y no especificó, si así era su idea, que se refería sólo a los católicos? Lo que ocurre es que no se tiene en cuenta la necesaria evolución en algunas enseñanzas pontificias, que aplican los eternos principios religiosos a su tiempo, y se eleva a categoría permanente y fija lo que sólo fue afirmado para una época determinada en vista de los peligros que entonces existían. En tiempo de León XIII, por ejemplo, sólo se concebía la tolerancia civil en materia religiosa, y fue un gran avance respecto a Gregorio XVI y Pío IX; hoy, en cambio, se habla de libertad religiosa en el plano civil, siempre que las prácticas religiosas de quienes no sean católicos, no vayan contra el derecho natural. Es lo mismo que ya vislumbraron los mejores teólogos nuestros del siglo XVI; pero a quienes no leemos. No se puede permitir el crimen, la prostitución o la violencia en materia religiosa; pero el Estado, gerente sólo del bien común temporal, no puede ser juez de la Revelación de Cristo; únicamente a la Iglesia le compete orientar la conciencia de los católicos en materias sobrenaturales.

Monseñor De Smedt habló de ello al Concilio, como relator oficial de la Comisión para la Unión de los Cristianos, y pocos años antes lo había hecho también el cardenal Lercaro, en su trabajo sobre «Tolerancia religiosa en la tradición católica». Los principios cristianos son los mismos; pero para entenderlos y aplicarlos no debemos querer encasillar a todo trance a Juan XXIII en la enseñanza de Pío IX, por ejemplo; sino la de Pío IX en la de Juan XXIII. El magisterio eclesialístico es un magisterio vivo, y los católicos debemos escuchar las palabras de la Iglesia pronunciadas en nuestro tiempo, para poder entender las del pasado correctamente, y no hacer al revés. No tenemos que forzar su sentido, para acomodarlo a lo que nos parece que dijeron otros Papas, que están ya alejados de nosotros, y cuyas circunstancias históricas eran distintas de las nuestras.

Juan XXIII tenía unos profundos conocimientos históricos —fue profesor de historia de la Iglesia— y sabía que hemos de ser muy medidos al querer canonizar expresiones que no son infalibles, y que se escribieron en una época de la Iglesia, ya pasada. Una perspectiva general de su historia abre mucho los ojos, intelectualmente hablando. Y eso le pasó a Juan XXIII.

Pablo VI, que parecía que iba a ser sólo un discípulo de su admirado maestro, Pío XII, ha sido profundamente marcado en su acción por Juan XXIII. El mismo lo ha reconocido algunas veces. Por eso, y por su dedicación intelectual serena y equilibrada, es tan poco querido el Papa actual por algunos «integristas», como ese sacerdote francés (Francia no es sólo el país de los avanzados) que, hablando de él, decía despectivamente: «El cardenal Montini (Alias Pablo VI)... Así veneran algunos al Papado, del que tanto bueno predicaban teóricamente».

En una revista francesa, de pretendida «segura» orientación católica, es donde se han publicado los más solapados artículos contra Juan XXIII, queriendo contraponer, con habilidad llena de deplorables insinuaciones, su figura a la de Pío XII. Pero ese no puede ser el alimento católico recomendable como seguro a los católicos. La «seguridad» es un concepto que habrá que aclarar mejor, porque da lugar a muchas paradojas, como vemos, si no se entiende bien.